

PALABRAS EN EL ÁGAPE JUBILAR DE MONS. DARÍO MONSALVE MEJÍA

El Evangelio de la Mesa Abundante

Pareciera un contrasentido reunirnos hoy en este lugar, para un sereno y fraternal compartir, con el motivo de celebrar, con la Iglesia de Cali, el aniversario jubilar de los 25 años de ordenación episcopal del obispo diocesano. La Mesa del ágape precede hoy a la Mesa Sacramental del Altar eucarístico, que presidiré y concelebraremos en la tarde, con la participación de los fieles.

Este ágape pretende resaltar la colegialidad de la sucesión apostólica con mis hermanos Obispos, a quienes, junto con los obispos auxiliares y la entera arquidiócesis, agradezco desde lo hondo del alma su presencia y compañía. Pretende, igualmente, poner de manifiesto la importancia en la vida del Obispo, de la familia propia, del hogar eclesial primigenio, el de esposos, padres, hijos, hermanos y parientes, tan decisivo en el ser, en la vocación y la misión de cada pastor, **desposado como Cristo con la comunidad universal de la Iglesia, desde su ministerio en la Iglesia Particular.** Gracias, hermanos, cuñadas, sobrinos y familiares aquí presentes.

Junto con los Obispos y con la propia familia, nos sentamos a manteles hoy un grupo de presbíteros, religiosos y fieles laicos y de personas amigas, testimoniando la institucionalidad de la Iglesia local y su deber de acompañar a las autoridades y a la sociedad en la que ella vive y sirve el Evangelio de Jesucristo. Agradezco, de manera muy sentida, la presencia de la Señora Gobernadora del Valle, del Señor alcalde de Cali, de las demás autoridades civiles y servidores públicos, de los comandantes de las fuerzas armadas y de policía, de líderes sociales y comunicadores y periodistas muy cercanos.

Cuando pienso en la imagen mas apropiada de la Iglesia, como vínculo entre la espiritualidad cristiana católica y el mundo que ella ayuda a construir desde las conciencias y corazones de todos, me inclino por la de una Mesa y un Banquete de bodas entre Dios y la Humanidad, entre Cristo y la Iglesia, entre el Cordero Inmolado y la humanidad redimida y lavada con su Sangre. **“Bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero”**, proclama el autor sagrado del Apocalipsis (19,9), y lo repite la Iglesia en cada Eucaristía.

Desde la Mesa de Dios mismo, servida en el Universo como Creación y planeta tierra para toda la humanidad, en el marco de esta “Casa Común” de la que, bellamente, nos habla el Papa Francisco, invitándonos a cuidarla como tal; desde la Mesa de la Familia de Dios, servida desde el pueblo de Israel y con el Nuevo Pueblo, incluyente de todos, sin excepción ni discriminación alguna sobre la vida y dignidad humanas, **Dios ha plantado la Mesa de la Eucaristía de la Redención, del Sacrificio Único y Suficiente de Cristo Jesús**. En ella se sirve el Pan de los Hijos y de los hermanos, el Pan bajado del Cielo y el Pan amasado del fruto de la tierra y del trabajo humano, el Pan multiplicado de la Vida Abundante, del vino y la pesca abundantes, de la plenitud del Espíritu dada por Jesús.

La Mesa de Dios ha de ser también la de cada casa y hogar, la de cada encuentro y vínculo interhumano, la de toda alianza y pacto, la del pan de la palabra y del diálogo, la de los acuerdos y reiterada unidad de voluntades para preservar la vida de todos, la dignidad de todos, la convivencia entre todos, los derechos y deberes de todos.

Desde esta mesa del ágape jubilar de mis 25 años de obispo, los invito a seguir construyendo la sociedad que Dios quiere, la

comunidad de Iglesia que Cristo Jesús inició con Los Doce y Los 72 discípulos, los hogares y la patria que hagan posible una vida con sentido, bondad, justicia, belleza y paz. Sí, una Patria, como esta Colombia nuestra, que hoy miramos con dolor y preocupación inmensa, pero, sobre todo, con esperanza y dedicación a su paz, tan difícil de aclimatar en las conciencias, territorios, estructuras e instituciones. Esa paz de Colombia que hoy requiere confianza institucional, estatal, jurídica y presupuestal, para que se convierta en la Mesa por el futuro común de nuestro país.

Permítanme dejarles, como recordatorio de este momento y día que compartimos, unos detalles, sencillos y expresivos. El primero, para todos, un ejemplar y recordatorio del más hermoso libro de espiritualidad cristiana de todos los tiempos, desprendido hace más de seis siglos de las Sagradas Escrituras, del Evangelio de Jesucristo, en contextos y visiones de la realidad muy diversos a los de hoy, pero con validez de principios, valores y actitudes perennes: "La imitación de Cristo", por Tomás de Kempis. Me permito leer la dedicatoria, con palabras tomadas de él hace 42 años, un 17 de octubre de 1976, cuando fui ordenado presbítero, y leí el pensamiento de ese día del año, que trae el Kempis.

Junto a este tesoro, y para quienes aún saben valorar las lecturas en ratos de ocio y se decidan a recordar conmigo lo que se dijo hace 25 años, con motivo de mi ordenación episcopal en Jericó, pongo a disposición de los presentes una reedición de discursos y homilías pronunciados del 14 al 30 de noviembre de 1993, compilados cuidadosamente por el Padre Humberto Ochoa Quijano, mi sucesor como Rector del Seminario Mayor, en esa amada Diócesis de mi origen y estirpe episcopal. Algunos de los partícipes como oradores y auditorio están hoy aquí, entre quienes resalto al querido Monseñor Nabor Suárez Alzate, amigo fidelísimo

y sin igual, quien fuera uno de mis padrinos en la ordenación episcopal. Quienes se aventuren a esa lectura, podrán tomar el mencionado libro, que dejo a su disposición.

Con el corazón pleno de agradecimiento al Mayoral de los Pastores, Al Pastor y Obispo de nuestras almas, Jesucristo, y a la Iglesia, en la persona de los Papas de mi episcopado (San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco), al Nuncio Paolo Romeo, hoy cardenal emérito de Palermo, Italia, quien me ordenó obispo, a los Nuncios sucesores, a la Conferencia Episcopal colombiana, a la Iglesia diocesana de Jericó, aquí presente en cabeza de su obispo, Monseñor Noel Antonio Londoño Buitrago, a las Provincias Eclesiásticas de Medellín, Bucaramanga y Cali, a cada porción donde he servido como Obispo (Medellin, Málaga-Soatá, Cali), hoy digo agradecido, con el salmista: “Mi corazón por eso te salmodiará sin tregua; Yahveh, Dios mío, te alabaré por siempre” (Salmo 3013).

+ Darío de Jesús Monsalve Mejía

Arzobispo de Cali